

Almas en guerra

Liz Williams

Traducción:
Carles Muñoz Miralles



Título original: *Banner of Souls*
Primera edición

© Liz Williams, 2004, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de cubierta: Fred Gambino, via Agentur Schlück GmbH

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-541-7 Depósito Legal: B-615-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.
Energía,11-27
08850 Gavà (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 2

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a:

mi editora Anne Groell
mi agente Shawna McCarthy
todo el mundo del Montpelier Writing Group
y del Cantonese Writing Group
todo el mundo en Milford
Tanith Lee, por su apoyo
Mark Roberts, por el tiburón mono
y a Jay Caselberg, por el pangolín y mucho más

Para Peter Garrant

La manada de fantasmas

1

Marte

Sueños-de-Guerra estaba cazando restos de hombre en las laderas del Olimpo marciano cuando se cruzó con una manada de fantasmas. La armadura tintineó cuando la manada empezó a aproximarse, y le susurró en el oído que fuese con cuidado, pero Sueños-de-Guerra pensó que la advertía contra la presencia de hombres; de hyenae, quizá, o de vulpen, o de cualquier otra clase de cambiados. Se dio la vuelta mientras activaba las púas del guantelete, pero no había nada. Las laderas pardas y frías descendían en la distancia, vacías de todo excepto de matorrales y de la poca vida desértica que se congregaba alrededor de los canales y las acequias. En el horizonte, a lo lejos, la columna de la torre de Memnos, visible ahora que se recortaba contra el crepúsculo, apuntaba hacia el cielo. Sueños-de-Guerra frunció el ceño. La armadura permanecía alerta, y las púas de puercoespín se formaban una y otra vez a medida que se movía.

—¿Qué? —acabó por decir Sueños-de-Guerra, impaciente.

—Aquí hay alguien —respondió la armadura. En ocasiones hablaba con la voz que la guerrera que la había poseído por primera vez había grabado; en otras, la voz sonaba más parecida a la de la propia Sueños-de-Guerra. Ese era el problema con la tecnología espectral: no se podía estar seguro de si te lo estabas imaginando. Pero quizá no se podía esperar más de algo que te habían proporcionado las alienígenas.

—No veo a nadie —replicó Sueños-de-Guerra.

—Pero hay alguien —insistió la armadura.

Ahora Sueños-de-Guerra ya sentía algo, una irritación en su piel protegida, como si un insecto se pasease por ella. Se estremeció dentro de su caparazón de protección.

—Mira —le ordenó la armadura.

Se alzaban del suelo; estaban formadas de polvo y tierra solidificada, y se hacían reales, con formas precisas. Debían de ser alrededor de unas veinte mujeres de cuernos largos, que aun con las piernas torcidas hacia atrás, mantenían el equilibrio. Tenían los ojos rojos, de pupilas estrechas que ardían con tonos dorados, como una llama entre brasas. Miraron a Sueños-de-Guerra con una especie de curiosidad plácida, a pesar de sus ojos demoníacos y de sus colas largas y afiladas.

Sueños-de-Guerra se quedó paralizada por el asombro. Eran más que una ilusión. Podía olerlas: aroma a hierba marchita, a humo de madera, a sangre. Olían a presa. Y como si hubiese podido leer aquel pensamiento en sus ojos, la manada giró al unísono y empezó a correr; descendían rápidamente por la ladera hasta que el crepúsculo se las tragó. Sus pequeñas pezuñas no hacían ruido, por lo que desaparecieron en silencio.

Sueños-de-Guerra se quedó mirándolas, sintiéndose una imbécil. Al menos, tendría que haber intentado capturar a una.

—No ha habido seres como estos en Marte desde los tiempos antiguos —se dijo en voz alta—. He visto los informes. Merodeaban por la llanura del Cráter. Nadie sabe quién, qué laboratorio, los creó, ni por qué.

—En mis días ya llevaban mucho tiempo muertas —remarcó la armadura, que tenía unos cien años, con un tono melancólico.

—Fantasmas de hace mil años —cavilaba Sueños-de-Guerra—. Pero ¿por qué aparecen ahora? Debería advertir a Memnos. Tenemos que volver. —No hablaba muy convencida. Le enojaba salir a cazar y volver con las manos vacías, y esa iba a ser su última oportunidad. Pronto se dirigiría a la Tierra, que ahora brillaba por encima de ella, en los cielos, tan azul como un ojo. Podía distinguir también la boca de la Cadena; era un débil brillo sobre la superficie del mundo. Se imaginó precipitándose al interior de aquella boca, emergiendo en aquella estrella azul... Más tecnología alienígena. Los labios de Sueños-de-Guerra empezaban a curvarse en una mueca.

El pensamiento de los restos de hombre que quedaban en las rocas reemplazó la perspectiva de aquel viaje. Aquella idea irritaba a Sueños-de-Guerra. También podía sentirlo en la armadura; era un estado salvaje, una necesidad de matar, de carne, de muerte. En todo el día no había avistado ninguna presa real, solo los fantasmas y las pequeñas criaturas

de la llanura, y había considerado que la noche le daría una oportunidad. Los vulpen, al menos, se aventuraban fuera de sus madrigueras al atardecer, cuando salían en busca de los pájaros dactilados que formaban su alimentación básica.

Con un suspiro, Sueños-de-Guerra reprimió el impulso de continuar. Descendió por la larga ladera de piedra hasta la llanura, donde se alzaba la torre de Memnos.

2

Noche Sombría

Yskatarina Iye debía su nombre a los sonidos que había producido al salir de su piel de crecimiento; primero fue un siseo y después un grito. Era hija de los clanes del laboratorio, había crecido en la torre Fría, en el mundo de Noche Sombría, al final de la Cadena, en el borde del sistema, muy lejos del Sol.

Fue difícil olvidar el nombre, es decir, su nombre de niña, no el apelativo de su clan en Noche Sombría, por lo que Yskatarina se quedó con él en la edad adulta, al igual que con el ánimus que crecía a su lado, una cría no mayor que una libélula. El ánimus, nacido de una antigua línea genética del clan, igual que la propia Yskatarina, no tenía nombre. Yskatarina había probado algunas ideas, pero ninguna parecía encajar.

Su tía Elaki le había contado desde muy pequeña lo afortunada que era por poseer un ánimus, y como las mujeres de otros mundos no podían aparearse con un macho, porque quedaban muy pocos y estos eran inferiores. Yskatarina, pues, sabía que tenía mucha suerte de que las Ancianas de Noche Sombría desearan volver a las costumbres antiguas, cuando hombres y mujeres caminaban juntos por los mundos, cuando ambos géneros vivían en armonía y cada uno buscaba su otra mitad. Y su ánimus no era un macho humano, ya que estos eran demasiado débiles, sino algo mejor.

El ánimus le susurraba a Yskatarina cuando dormía, a través de las largas enfermedades que marcaron su infancia: sueños febriles, malestares salvajes, y las infecciones modificadas que le permitirían sufrir la transformación cuando llegase el momento y acogerla gratamente. Soportaba la interminable oscuridad de Noche Sombría con el ánimus ovillado a un lado, como una araña susurrante que tejiese redes de palabras.

La transformación había estado a punto de matarla. Su tía le había contado que la haría más fuerte, pero no había comprendido qué implicaba una «transformación».

—¿En qué me transformaré? —le había preguntado a Elaki.

—Ya lo verás —le contestó su tía.

Cuando llegó el momento, Yskatarina estaba tumbada; era solo una forma diminuta, que no comprendía nada, en la brillante oscuridad de la matriz de luz negra, mientras los engramas la reescribían: era un proceso de cambio alquímico al que era incapaz de resistirse.

La luz negra se apagó hasta convertirse en un cubo brillante de aire. Yskatarina parpadeó, y despertó. Se sentía como si la hubiesen arrastrado por una gran distancia, como si la hubiesen despedazado sobre los restos de soles hirvientes. Olía a fuego y sentía un peso terrible. Intentó erguir la cabeza, pero la notaba demasiado grande para su frágil cuello. Alguien se inclinó encima de ella. Yskatarina alzó la mirada, pero pasaron algunos segundos antes de que la extraña forma que flotaba ante ella adquiriera rasgos humanos.

Vio una cara alargada, mejillas que se convertían en bolsas de venitas al lado de una nariz delgada y afilada. La piel, sin arrugas, tenía un aspecto suave poco natural y brillaba como porcelana. Los ojos se adentraban en agujeros profundos, repletos de un tono dorado manchado de sangre. Sus cabellos parecían plumas, de un color negro sucio, peinados en mechones que caían por debajo del alto sombrero.

Entonces la visión de Yskatarina cambió y se dio cuenta de que la que la miraba desde arriba era su tía Elaki. Durante un segundo le pareció que había alguien más asomándose a los ojos de Elaki, alguien que gritaba de terror.

—¡Tú! —gimió Elaki.

—¿Tía? —Su voz sonaba débil, como un graznido. Elaki se agachó y la sacudió.

—Eres tú, ¿verdad? Te reconocería en cualquier parte.

—Tía, ¿qué sucede? —Algo se retorció dentro de la cabeza de Yskatarina, huyendo del enfado de Elaki, y adentrándose en ella para esconderse en los profundos canales de su mente.

La expresión de la cara de Elaki se tornó pensativa, fría, como si hubiese tomado una decisión crucial. Se dio la vuelta y habló con alguien que no podía ver, probablemente el ánimus Isti, que siempre le pisaba los talones.

—Prepara de nuevo la matriz. Hay que hacer algunas modificaciones más.

La oscuridad cubrió a Yskatarina como si fuese un manto. La penetró una sensación de desgarró, como un relámpago que le atravesase el cerebro. Sintió que la partían en dos, y el dolor la arrojó al abismo entre chillidos.

No despertó en mucho rato. Al final, nadando a través de la inconsciencia, descubrió que ya no se encontraba en la cámara de luz negra, sino en su propio dormitorio. Sentía la cabeza como si fuese una bolsa de calor enorme, demasiado pesada para levantarla. Alzó una mano para palparse la frente, pero no pasó nada. Alarmada, Yskatarina intentó mover los brazos y las piernas. No sentía nada. Llamó a gritos a Elaki.

—Ah, estás despierta —dijo su tía mientras entraba.

—¡No siento los brazos... ni las piernas!

Elaki colocó una mano tranquilizadora sobre la frente de Yskatarina.

—Me temo que es porque ya no están. Sufriste una rara infección de las meninges después del proceso de transformación, y tus extremidades quedaron dañadas por la gangrena. Nos vimos obligados a extirparlas.

—¿Tía? —susurró Yskatarina, asustada y algo conmocionada.

—Tendrás nuevos brazos y nuevas piernas —le prometió Elaki. Su cara se suavizó, casi imperceptiblemente, pero había algo en el fondo de sus ojos que alarmó a Yskatarina más allá de toda medida—. Y serán mejores. No le des tanta importancia.

Cuando Elaki se fue, Yskatarina miró hacia arriba, medio dormida, y descubrió al ánimus, que estaba encima de ella, en su forma de crisálida. Intentó tocarlo antes de acordarse de que no tenía extremidades. El ánimus colgaba inmóvil con una forma entre negra y plateada del techo del laboratorio, pendiente de un pedazo de hueso que crecía. Según sus propias experiencias, Yskatarina no esperaba que el ánimus emergiera vivo, pero sí salió; se deslizó suavemente fuera de los restos brillantes de la crisálida: arácnido, escorpión, torvo.

Yskatarina era consciente de que ella haría lo que fuera para mantener al ánimus a su lado. ¿Acaso no habían estado siempre juntos? Después de la terrible experiencia de la transformación, el ánimus era el único ser en el que podía confiar.

Pero había otro cambio. Antes, Yskatarina le tenía miedo a su tía. Temía el contacto de sus manos pálidas y rechonchas, odiaba la forma en que los enormes ojos de su tía la observaban, calculando fríamente. Después de la transformación, se había dado cuenta de lo mucho que quería a Elaki. El sentimiento la embargaba. Se sentó temblando en el catre, con añoranza, y la siguiente vez que Elaki fue a verla, rodeó con sus nuevos brazos la forma cubierta de su tía. Elaki la apartó, con una mueca.

—Debes aprender a usar tus extremidades con más cuidado, Yskatarina. Los servomecanismos son muy fuertes.

—Gracias, tía. Gracias. —Pero no habría podido especificar qué le estaba agradeciendo a Elaki. Se le ocurrió, vagamente, que todo aquello tendría que haberle preocupado, pero rechazó ese pensamiento.

Cuando se encontró lo bastante recuperada para aventurarse a salir, Yskatarina y el ánimus vagabundearon juntos por los pasadizos sombríos de Torre Fría. Descubrieron caminos secretos entre los muros, se deslizaron por cámaras escondidas en las que los pies artificiales de Yskatarina aplastaban y hacían crujir huesos de ratones que llevaban allí miles de años. Escondidos tras cortinas vivas, observaron como las timoneles calavera embotellaban las jarras de cristal y las enviaban en las lanchas que las llevarían hasta las puertas, desde donde las lanzarían al mar de la Noche para iniciar su viaje infinito. Caminaron hasta las profundidades, donde la raza muda trabajaba esclavizada ante las líneas de producción, montando artefactos espectrales. Se sentaron durante horas ante los muelles de donde salían los barcos de servicio hacia la Cadena. Se escabulleron a través de la Cámara del Pesar, mientras las plañideras entonaban cánticos antiguos para conjurar, o eso decían, a los espíritus de los muertos futuros, liberados de los ríos del tiempo. Pero Yskatarina no comprendía qué significaba aquello, y cuando se lo preguntó a su tía, esta solo se rió y le contó que las plañideras estaban llenas de supersticiones y tonterías. Los únicos sitios que Yskatarina y el ánimus visitaron fueron los laboratorios espectrales de Torre Fría, sellados tras unas terribles defensas, abiertas únicamente para Elaki.

Y el ánimus descubrió, junto a Yskatarina, en la vigila de su decimonoveno aniversario, que su tarea era la de encontrar a una niña determinada entre los abundantes millones de personas que había en la Tierra, en Marte y en los mundos interiores. Encontrarla y matarla.

3

Marte

Dos días antes de partir hacia la Tierra, Sueños-de-Guerra salió de la torre de Memnos y realizó un corto viaje a través de la llanura del Cráter hasta Golpe de Invierno, para registrar sus documentos de salida, realizarse una modificación necesaria y hacerse una revisión médica que certificase su idoneidad para soportar las fuerzas temporales de la Cadena. Esto último era una mera formalidad; Sueños-de-Guerra tenía una forma física excelente. De todos modos, era consciente de que al menos una vez a la semana se encontraba a un pasajero desafortunado, marchito y arrugado al final de un viaje, envejecido sin piedad por las fuerzas que gobernaban los desplazamientos entre los confines de la Cadena.

Después de todo, era una forma de tecnología espectral, por lo que poca gente la comprendía, salvo los técnicos de Noche Sombría y seguramente los kami que se la habían entregado. Era alienígena y no se podía confiar en ella, al menos, si eras Sueños-de-Guerra. La única clase de tecnología espectral con la que estaba preparada para tratar era su armadura, y eso porque su ocupante anterior había sido una gran guerrera. Y aunque Sueños-de-Guerra confiaba en el espíritu de la armadura, a veces se planteaba si era una postura inteligente.

La perspectiva de la transformación por la que iba a pasar le generaba aun más desconfianza, ya que se trataba de más tecnología alienígena, y tampoco la entusiasmaba demasiado Golpe de Invierno. Era una ciudad antigua, anterior incluso a la era Perdida. Sus mansiones negras y carmesí y sus calles estrechas eran el legado de su edad; el basalto, el hierro, la piedra eran materiales antiguos en una ciudad antigua. Los edificios más recientes crecían alrededor de los límites de la ciudad. Eran torres de metal conectadas entre sí por puentes colgantes.

Sueños-de-Guerra cogió un corredor, atestado de pasajeros de pie, cruzó la puerta sur de la ciudad, más allá de las propiedades y las mansiones de los clanes, y al final pasó al lado de la fortaleza hundida en el cráter del meteorito que le daba a Golpe de Invierno su nombre. No miraba ni a derecha ni a izquierda, pero cuando el corredor rodeó el gran borde del cráter, su cabeza se ladeó involuntariamente y echó un vistazo al interior del agujero: era como una caldera de piedra granate, marcada con varios hoyos y fisuras. La fortaleza se alzaba en el centro, con sus agujas medio destrazadas, medio en ruinas, un medio hogar para los desposeídos de la ciudad, de los que había muchos.

La fortaleza era un lugar deprimente, pero era mejor, pensó Sueños-de-Guerra, que la llanura del Cráter y las montañas. Allí, las mujeres ordinarias que no eran guerreras no tenían muchas oportunidades contra los restos de hombre: los hyenae, los vulpen, los awt. Era mejor que permaneciesen allí, alimentándose de los pájaros infectos que plagaban los agujeros en los muros del cráter.

Dejaron atrás la fortaleza, y Sueños-de-Guerra volvió a mirar hacia delante. Aquella calle tan larga y llena de recodos, jalonada por las grandes tiendas de motores y de suministros para niños, era la misma carretera que llevaba hasta el puerto espacial. Al día siguiente volvería a hacer aquel camino, bajo la fría luz de la mañana, para coger una nave hacia la Cadena y la Tierra, hacia la ciudad llamada Puerto Fragante. Le habían contado demasiado poco sobre su misión. Había una niña, por lo que parecía, y tenía que protegerla.

Sueños-de-Guerra había hecho todo lo posible por descubrir más cosas, echando mano de recursos arteros que no le gustaba usar, pero no lo había logrado. Eso mismo ya era inquietante. En Memnos solo mantenían la boca cerrada cuando los secretos podían suponer un peligro para el que los supiera, y habían pensado que era conveniente no contarle nada. Pensativa, Sueños-de-Guerra se abrió camino hasta la parte delantera del corredor mientras este se acercaba a la próxima parada, y bajó a la calle.

La evaluación médica se llevó a cabo en un edificio del matriarcado: una torre de basalto y madera de cáñamo que se levantaba tras unas gruesas murallas. Sueños-de-Guerra sintió la desagradable picazón de las defensas de la puerta de entrada en la piel expuesta de su rostro, pero pudo pasar sin incidentes. Una vez dentro presentó sus credenciales, pero parecía que ya la esperaban. Una mujer que llevaba ropajes de doctor y un alto sombrero rojo la acompañó por un pasadizo silencioso hasta la cámara de luz negra. Sueños-de-Guerra se fijó en que habían

modificado las manos de la doctora: bajo una de sus uñas refulgió durante un momento un escalpelo.

—Tendrás que quitarte eso —le dijo la doctora, casi sin mirar en la dirección de Sueños-de-Guerra.

—De acuerdo. —Sueños-de-Guerra se quedó en el centro de la sala, bajo el brillo parpadeante de la matriz de luz negra—. ¡Armadura! —Esta fluyó suavemente de su cuerpo y formó durante un segundo la delgada figura de su antigua propietaria.

—No, eso no es necesario. No quiero hablar contigo. Solo quiero que no te entrometas.

Se quedó mirando mientras la armadura se plegaba hasta formar una pequeña esfera, no mayor que su puño. Le pareció que, de algún modo, estaba triste. Miró su piel, ahora desnuda. Tenía los brazos y los pechos cubiertos de tatuajes: eran las espirales, las agujas, la gematría matemática de Memnos. Las marcas infantiles seguían con un tono índigo desvaído en sus muñecas.

—Y eso —le recordó la doctora, mirando las bandas de su bajoarnés de goma negra—. Y tendremos que hacer algo con tu pelo. —Sin preguntar, la doctora reunió el pálido pelo de Sueños-de-Guerra en un solo mechón y lo recogió en un moño. Sueños-de-Guerra se retorció, escapando al contacto de los dedos exploradores de la doctora.

—¡No me toques!

—Deja de quejarte.

Sueños-de-Guerra se quedó de pie, irritada, mientras la doctora realizaba las últimas preparaciones.

—¿Por qué no podíamos hacerlo en la torre de Memnos? La matriz que tienen allí es más extensa.

—Ahora mismo está fuera de nuestros límites —explicó la doctora—. Va a llegar una clienta que quiere algo especial.

—¿Especial?

—Parece ser que vendrá desde Io-Inferior. Ya sabes que se pueden alquilar las matrices.

Sueños-de-Guerra bufó.

—Por un precio considerable.

—Claro. Ahora túmbate. No, allí no. Con los pies hacia la pared.

Sueños-de-Guerra hizo lo que le habían mandado. La matriz de luz negra empezó a soltar chispas encima de ella, lo que le provocó una sensación de picor en toda la piel y que se le levantase el pelo de la nuca.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la doctora, sin preocuparse mucho por la respuesta—. ¿No estás asustada?

—Claro que no estoy asustada, pero la sensación no me gusta.

—A nadie vivo le puede gustar. Eso te acercaría al reino de Eldritch, a las dimensiones espectrales.

—Me he enfrentado a la muerte en numerosas ocasiones —contestó Sueños-de-Guerra, ofendida.

—No me refería a eso. Es una reacción neurofisiológica. En el caso de los vivos, la consciencia está ligada al cuerpo y a la mente, hasta el punto de llegar a una muerte física cuando las partículas que componen nuestro espíritu se desligan de las superficies del cerebro y abandonan la interfaz que existe entre las dos dimensiones. No estás a punto de morir, sino que te encuentras muy alejada de la muerte por ser una persona joven y sana, pero ahora tu espíritu intenta liberarse, ya que lo atrae la matriz. Por eso te sientes incómoda.

Sueños-de-Guerra lanzó una mirada inquisitiva a la doctora.

—Y si se liberase, ¿qué? ¿Moriría?

—Sí. Cuerpo y alma se separarían, y tu esencia se vería atraída por la matriz de luz negra hasta ser lanzada hacia el reino de Eldritch. Esto es lo que sucede cuando entras en la Cadena, con la excepción de que allí la gente se mantiene unida por unas estructuras internas. Normalmente. Pero nada de esto va a sucederte ahora. Voy a ponerte bajo...

—¡Oh, no, no vas a hacerlo! —Pero antes de que Sueños-de-Guerra pudiese pronunciar una palabra más de protesta, la doctora le presionó el cuello con un lápiz adormecedor. Sueños-de-Guerra cayó con un gruñido en la red que formaban la vida y la muerte, y no supo nada más.

Cuando se despertó, ya había oscurecido en el exterior. Estaba tumbada sobre una cama metálica normal, y la cabeza le reposaba sobre una almohada de hierro. La armadura, un bulto brillante, se encontraba encima de una mesa, al lado de la cama. No veía a la doctora por ninguna parte.

Sueños-de-Guerra se sentó entre temblores. No podía ver su bajoarnés por ninguna parte, pero no importaba.

—¡Armadura!

Instantáneamente, la armadura de Embar Khair se desplegó de su forma de descanso y fluyó por su mano estirada. Enseguida estuvo cubierta por su familiar color verde reluciente. Sueños-de-Guerra se alzó, primero sostenida por la armadura. Al principio no notaba nada distinto, pero cuando se miró se dio cuenta de un nuevo agujero dolorido en su cabeza. Sueños-de-Guerra lo palpó, y se imaginó unos dedos tocándolo con cautela; el resultado fue un ataque de ansiedad, una subida de adrenalina que la hizo jadear. Cerró los ojos, y se le apareció una inquietante imagen del interior de su cerebro. Su ser interior, normalmente tan oscuro, duro y resuelto como el metal, tenía ahora un diminuto agujero rosado y tierno a causa de la

hemorragia reciente. La sensación era tan extraña como si le hubiesen arrancado un diente.

La puerta se abrió, y apareció el rostro de la doctora, desaprobador bajo el alto sombrero escarlata.

—¡No deberías estar en pie! Y ¿quién te ha dado permiso para vestirse?

Sueños-de-Guerra cruzó el dormitorio de un solo paso y agarró a la doctora por la garganta.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué me has puesto en la cabeza?

—Tendrías... —musitó débilmente la doctora, intentando liberarse de la mano que le rodeaba el cuello—. Tendrías que preguntar qué te hemos quitado. Suéltame.

—¿Quitado?

La doctora respiraba entrecortadamente. La hoja del escalpelo salió disparada de su uña. Sueños-de-Guerra, deseosa de respuestas, soltó a la doctora y experimentó una sensación curiosa, poco familiar, de alivio.

—Esto es lo que he hecho —explicó la doctora, mientras se frotaba el cuello—. En las mentes de las guerreras crece un callo psicológico que se hace más grande cada día que pasa desde que salís de la piel de crecimiento. Ese callo te permite actuar sin miedo, convertir tus metas en lo único que te importa, te permite avanzar y matar a tus enemigos con tan pocos remordimientos como los que yo siento si aplasto un bicho contra la pared, por la noche. Ese callo emocional os convierte en todo lo que sois, y ahora ya no lo tienes. Sentirás amor, afecto, necesidad y ansiedad por una niña.

—¡No tengo ninguna intención de tener una niña! —*¿Estar sentada durante meses al lado de una piel de crecimiento, mientras alguien se forma en su interior, y después tener que pasar años de restricciones y de preocupaciones? No, gracias.*

—No, pero tendrás que cuidar a una. Un vigilante indiferente no es para nada un guardián. Tienes que preocuparte por ella. Y en Memnos están determinadas a hacer que te importe. No entiendo a los clanes de guerreras, ¿qué tiene de malo sentir emociones?

Sueños-de-Guerra se la quedó mirando.

—Nada... Las emociones son buenas, necesarias: el orgullo, la agresión, la lealtad. Y lo del afecto... —añadió, enfadada—. Mi deber como guerrera debería ser suficiente.

—Parece que en Memnos no piensan igual.

—¿Qué te han contado sobre esta niña que debo vigilar? —le preguntó Sueños-de-Guerra.

—Muy poco. Seguramente —añadió la doctora— tan poco como a ti.

—¿Y qué hay de mí? —inquirió intranquila Sueños-de-Guerra—. Si este... este tapón en mi psique me permitía funcionar como guerrera, matar sin reparos, ¿qué sucederá ahora que ya no lo tengo?

—Como ha quedado demostrado cuando me has querido estrangular —contestó la doctora, frotándose el dolorido cuello—, yo no me preocuparía demasiado.

4

La Tierra

Tersus Rhee anadeó lentamente a través de la estancia, comprobando con sus gruesos dedos los goteros de las pieles de crecimiento, vigilando hasta el cambio o la alteración más pequeños que pudiesen advertir de un fallo incipiente de los sistemas. Ya habían perdido a las niñas anteriores. Las abuelas le habían explicado que si este plan también fracasaba, tendrían que finalizar el proyecto. Y eso sería una gran vergüenza. Las abuelas se habían tomado muchas molestias por la niña que había en la piel de crecimiento. Le habían procurado los servicios de Tersus Rhee, y ahora estaba en camino una guerrera de Marte, que había sido difícil y cara de conseguir, para cuidar a la niña.

Tersus Rhee tenía sus propios motivos para no querer que ese proyecto finalizase. Las abuelas le habían contado muy poco sobre aquella línea de humanos fabricados, esa cepa especial que ahora atendía con tanta diligencia. Pero, a pesar de sus habilidades, era consciente de que no era más que una ayudante contratada por las abuelas, otra kappa más, que no se distinguía en nada del resto de las de su especie. No esperaba que le contasen demasiadas cosas. Lo único que sabía era que se conocía a la niña de la piel como la *hito-bashira*, la mujer que contiene el flujo. Y tenía sus propias sospechas sobre qué significaba aquello.

Pero los rumores ya se habían extendido por todos los clanes kappa cuando se supo que la enviaban a ella, Tersus Rhee de la playa del Granizo, al sur, hasta Puerto Fragante, para servir a las abuelas.

—¿Qué sabes de las abuelas? —le preguntó el líder del clan a Rhee.

—Muy poco. —Rhee cruzó los anchos pies con un gesto suplicante y abrió las manos palmípedas.

—No me sorprende. Parece que nadie sepa nada sobre ellas, ni quiénes son ni de dónde salen. Ahora no salen de su mansión en la Terraza en las Nubes, pero no se sabe cuánto tiempo llevan allí. Ocupan la ciudad ilegalmente, como murciélagos, hasta que, de pronto, me envían una nota pidiendo una crecedora, una cuidadora. Una experta.

Rhee frunció el ceño.

—¿Por qué me cuenta esto? ¿Soy yo esa experta?

El líder del clan parpadeó lentamente.

—Así es.

—¿Y qué sucederá con mis obligaciones aquí?

—Esto es más importante. —Los abultados párpados se cerraron, y los mantuvo así, apretados. Rhee supo que no le diría nada más.

—¿Cuándo debo partir? —preguntó Rhee resignada.

—En el tercer día de la nueva luna, cuando el momento sea favorable. Coge lo que necesites.

Y así, con un junco alquilado que la esperaba en el puerto inferior, Tersus Rhee preparó su equipo: la capa de escarpelos, las neurotoxinas que, cuidadosamente aplicadas, alterarían el desarrollo genético de acuerdo con las especificaciones deseadas, y un puñado de los mantillos para entrantes que habían pertenecido durante generaciones a su familia, cuidados y dejados en herencia como si se tratase de una levadura preciosa. Para el resto de elementos, tendría que depender de las abuelas de la Terraza en las Nubes; aquel pensamiento no le agradaba.

El viaje al sur le apetecía todavía menos. No viajaría como una experta contratada por la Terraza en las Nubes, sino de incógnito, como una ayudante más. Era típico de las kappa querer pasar inadvertidas. Ellas eran, después de todo, las que realizaban la mayor parte de los trabajos pesados del planeta. Rhee viajaba en la estancia común del junco, pero pasaba casi todo el día en cubierta, mirando como los picos de las islas de Fuego se alejaban en la distancia hasta no ser más que unos puntitos alzados contra el cielo lejano. Desde entonces, su viaje transcurrió sin incidentes, como todo en la Tierra: ola tras ola tras ola, hasta el infinito. Rhee pasaba su tiempo en el trance contemplativo, pasivo, en que su pueblo caía por defecto, para asegurarse doblemente de que nadie se fijaba en ella. Las kappa hablaban poco entre ellas, de todos modos, cuando estaban alejadas de las madrigueras del clan.

Durante el tercer día, se produjo algo de excitación durante una tormenta repentina. Una conmoción en la proa del junco sugería un suceso fuera de lo habitual, y toda la tripulación se apresuró a mirarlo. Rhee estaba sentada bajo una vela plegada, demasiado expuesta a la lluvia para sentirse cómoda. Se puso en pie con dificultad sobre la resbaladiza cubierta, y caminó tranquila-

mente hacia proa. Todo el mundo gritaba y señalaba, pero Rhee era demasiado bajita para poder ver a qué se referían. Con plácida determinación, se abrió camino entre la multitud y miró.

Algo se alzaba en el horizonte: una concha enorme, curvada. Desde la distancia, Rhee estimó que debía de medir centenares de metros de altura. Unos tentáculos planos como palas, torcidos, se apartaban de la masa principal y formaban una aureola que se recortaba contra la luz de la tormenta. Cuando se hundió de nuevo, la lluvia había cesado ya, y en su estela había dejado un cielo despejado.

—¿Qué era eso? —le preguntó Rhee a uno de los tripulantes. La mujer, vestida rojo como todas las marineras, se volvió hacia la kappa. Tenía el rostro desgastado por toda una vida de agua salada y viento. Llevaba la marca de Izanami, la diosa creadora del océano, entre los ojos, negros como pasas.

Rhee pensaba que ya sabía de qué clase de animal se trataba, al salir de aquella forma de las aguas, pero quería asegurarse.

—Vaya, era un rey dragón —le contestó la tripulante. Se tocó la marca que tenía entre las cejas con respeto—. ¿Se fijó en los tentáculos?

—Sí —contestó la kappa—. ¿Son habituales por estas zonas?

—¿No lo sabe?

Rhee meneó la cabeza, con la misma afectación que si fuese una imbécil rematada.

—Se dice que solo sobrevivieron a la Inundación cuatro de las grandes bestias. Hubo una época en que el mundo estaba lleno de dragones, o eso se dice, desde lo que son ahora las Tierras Rotas hasta las islas de Altai y Thibet. Pero cuando hicieron enfadar al océano, Izanami, los mares se alzaron y hundieron en ellos el mundo, y a todos los dragones con ellos. Ahora solo quedan los dragones de mar, los grandes reyes que antes llevaban perlas en sus pinzas y joyas en las crines.

La kappa se abstuvo de señalar que la bestia que habían visto no tenía pinzas ni crin, y que la concha estaba tan pulida que parecía más de metal que de escamas, por lo que solo inclinó la cabeza y murmuró, como si estuviese asombrada. La marinera se alejó de ella y Rhee volvió pensativa hacia la cubierta inferior.

Más tarde vieron una barca de bandidos que salía de las ensenadas, pero se alejó cuando el junco lanzó una advertencia y volvió apresuradamente hacia las playas en ruinas que llamaban hogar.

Después de eso, no sucedió nada remarcable hasta que aparecieron las torres y los refugios contra tifones de Puerto Fragante, con la mansión de las abuelas resaltando por encima de las grandes casas, como si fuese su cima. Llegaron al anochecer, con las luces de la ciudad que iluminaban el

puerto y destellaban sobre el mar picado que no reflejaba nada. La kappa decidió tomarlo como una señal.

Una vez hubo llegado a la Terraza en las Nubes, encerrada entre la cámara de crecimiento la mayor parte del día, la situación agradó todavía menos a la kappa. La mansión, situada en un distrito lleno de viejas y ruinosas casas de ricos muertos hacía mucho tiempo, era laberíntica, y estaba repleta de protecciones; la kappa tenía que estar constantemente vigilando para no activarlos. Las abuelas se vieron obligadas a permitirle su torpeza inherente; era evidente que la mansión se había designado para las formas humanas tradicionales, y no para los cambiados, a pesar de la propia apariencia de las abuelas, pero se habían mostrado claras con su desaprobación. Rhee, a su vez, odiaba las protecciones y las formas que conjuraban, de seres del pasado lejano, de profundidades lejanas, todo dientes y ojos, que nadaban por el aire vacío de los corredores, cazando cosas que no estaban allí. Pero si alguien sin autorización se interpusiese en su camino, la kappa era consciente de que demostrarían que aquellos dientes eran reales.

Esperaba que la guerrera marciana, por su bien, tuviese cierta gracilidad en aquella gravedad ligeramente distinta. Dos de ellas vagando por la mansión, atrayendo las bestias perdidas del reino de Eldritch... Era mejor no pensarlo.

Así que Rhee se mantenía sobre todo en la cámara de crecimiento, cuyas protecciones estaban en la parte exterior de la puerta para evitar cualquier trastorno a las delicadas formas de vida que había dentro de las pieles, y dormía sobre un palé. Eso ya le iba bien, porque cuando llegase el momento de romper el cascarón era vital que estuviese presente. Esperaba que la marciana también estuviese presente para la nueva niña. La mujer tenía que ver cómo era aquello que tenía que vigilar desde el principio. Pero por ahora, la piel seguía inactiva, colgando de sus largos alimentadores como si fuese una fruta madura. Solo un débil pulso en la base del tallo indicaba que había algo vivo en el interior. Pronto cristalizaría; la kappa estaba segura de ello.

Y todo cambiaría.

Marte / La Tierra

Sueños-de-Guerra esperaba impaciente a que la nave se uniera a la línea que esperaba en el puerto. Había poco tráfico de los bordes del sistema. Miró los cargueros y los aparatos de pasajeros con marcas lunares, la insignia de algunas de las fábricas clientes de la Tierra: todas tenían marcas, cicatrices, todas eran viejas.

—Acercándose—oyó que decía la consciencia de la nave, formada, quizás, a partir de alguna piloto o un compuesto de pilotos, atrapadas fantasmalmente en los sistemas de luz negra de la nave.

La nave estaba adentrándose en la boca marciana de la Cadena, preparada para acelerar. La boca estaba abierta ante ellas, con una milla de ancho o más, bordeada por una línea de agujas rotatorias que alejaban el tráfico intruso, los desdichados de los mundos inferiores, que de vez en cuando intentaban interrumpir el flujo de la Cadena. En la oscuridad de la boca, Sueños-de-Guerra vislumbró las espirales de energía que las arrastrarían, a ellas y a su nave, hacia delante; eran como una chispa retorcida. Durante los siguientes minutos atravesarían las interfaces dimensionales que la Cadena manipulaba para compensar las distintas órbitas planetarias y después entrarían en el reino de Eldritch, la dimensión de los muertos, antes de emerger en la otra boca, en la atmósfera terrestre. O eso esperaba.

Sujeta a su asiento, Sueños-de-Guerra se acordaba incómodamente de la experiencia que había sufrido recientemente bajo la matriz de luz negra. Cerró los ojos y se reclinó. La nave rugió y se zarandó al penetrar en los primeros portales de la boca. Sueños-de-Guerra esperaba que aguantase. A veces las naves no lo conseguían: desgarradas, partidas por las fuerzas del interior, a veces salían convertidas en antigüedades, si es que salían.

Nerviosa, abrió de nuevo los ojos y miró a sus compañeras. Casi todas eran marcianas: mujeres pálidas del norte, envueltas elaboradamente en sus ropajes, llenas de capas superpuestas. Sueños-de-Guerra pensó que sus ropas eran perfectas para las frías llanuras de Marte, pero en la nave hacía mucho calor. De todos modos, aquellas mujeres no mostraban ningún signo de incomodidad. Estaban sentadas, erguidas, frías y estáticas como las rocas.

El origen de las otras pasajeras era más difícil de identificar: una mujer de piel oscura y vértebras sobresalientes, con un cuello demasiado largo que se torcía una y otra vez, como buscando comodidad; una persona rechoncha con una depresión en la parte superior de la cabeza, lo bastante profunda para mantener líquido en su interior. *Cambiadas*, pensó Sueños-de-Guerra con disgusto. Se refugió en el interior de su propia armadura. Las pasajeras cambiadas pasaron a su lado; se dirigían hacia los asientos baratos.

La nave vibró al adentrarse en la recalibración temporal. Un caleidoscopio de imágenes desconcertantes giró y giró ante los ojos de Sueños-de-Guerra.

Vio a una niña pequeña, como una larva, tumbada sobre una cama de metal oscuro en las profundidades de una torre, cuyas ventanas interiores estaban rodeadas de hielo...

...Una mujer de pie en la cubierta de una nave, mirando las tormentas...

...Un ala oscura, solitaria, que descendía de las nubes; Sueños-de-Guerra sintió la lluvia en su rostro, antes de que con la mano se tocara la mejilla. Apartó los dedos pegajosos por la sangre y el pus...

Sueños-de-Guerra saltó, invadida por una repentina consternación.

Eran futuros y pasados posibles, desmadejándose mientras el interior de la Cadena doblaba el tiempo una y otra vez, plegándolo sobre sí mismo, fundiéndolo, tamizándolo. Pudo sentir cómo el tiempo la atravesaba en ambas direcciones. Sintió al resto de pasajeras. Las norteñas tenían idénticas expresiones de sentirse gravemente ofendidas.

La nave se adentraba en las fases finales de recalibración. Se deslizó con un chirrido en la red de luz profunda de la Cadena. El espacio sombrío se alzó para rodearla. Las memorias se alzaron y absorbieron a Sueños-de-Guerra mientras el tiempo cambiaba.

Apenas acababa de salir de la casa del clan. Una guerrera había desaparecido; suponían que un hyenae la había capturado, en los peñascos de las alturas. O quizá la guerrera había resbalado y se había despeñado, y ahora estaba en el fondo de uno de los profundos barrancos. Sueños-de-Guerra esperaba que se tratara de un hyenae. No le gustaba matar bestias, por su belleza, pero los restos de hombre eran algo totalmente distinto.

Las guerreras no trabajaban bien en equipo, y no se esperaba que lo hicieran. Las mujeres salieron a primera hora de la mañana, antes del amanecer. Hacía frío, y la escarcha del suelo se quebraba bajo los talones de Sueños-de-Guerra. No llevaba la armadura de Embar Khair, ya que esto sucedió un año antes de que se la hubiese ganado. Un delantal de cuero, un bajoarnés, botas y un cuchillo de carnicera era todo su equipo, pero le acababan de hacer los implantes dentales. Le dolían las encías y a primera hora de la mañana todavía le sangraban. Sueños-de-Guerra recordaba como al mirarse en la palangana de agua congelada había visto el color escarlata descendiendo por la barbilla, reflejado en las paredes de metal del baño. Había soportado el dolor con orgullo, acogiéndolo como se recomendaba a las guerreras que hiciesen con todas las pequeñas angustias, para que se acostumbraresen al dolor cuando este las visitara por primera vez en el *ring* de combate o en la vida.

A diferencia de las otras chicas, Sueños-de-Guerra escogió una ruta difícil para acceder a la montaña. Subía por la cara del monte Haut, que se alzaba como un muro de pura roca sobre las piedras del llano. Normalmente tenían que evitar los cañones que iban a parar a ese precipicio. Era un sitio donde se podían encontrar huesos de la tierra, con agujeros y trampas bajo el suelo que conducían a la carne devoradora que había debajo. Sueños-de-Guerra había pringado con pulpa las suelas de sus botas para disfrazar su olor y caminaba con cuidado, ya que podía oler los huesos de la tierra mientras se colaba por el cañón: era como un débil rastro de carne podrida. Evitó cualquier punto en que el suelo pareciese inestable o sangriento. Los huesos de la tierra exudaban una purulencia líquida a la superficie, para formar sus redes. Pero seguía siendo demasiado sencillo dar un paso en falso; el año anterior habían perdido a dos guerreras de esa forma.

Ascender por el precipicio era complicado. Sueños-de-Guerra se sentía tentada a quitarse las botas a mitad del camino y hacer el resto descalza, para tener una mejor sujeción. Cuando llegó a una repisa, poco antes de la cima, estaba sudando y tenía la boca llena de sangre en los puntos en que sus nuevos dientes habían desgarrado el labio. Escupió saliva carmesí hacia la llanura, y miró a su alrededor.

El sol estaba alzándose por el horizonte, lanzando sombras agudas sobre los llanos. Podía ver los edificios angulares del clan; se alzaban por encima del nido de árboles que los acogía, medio perdidos en una nube de humo que surgía de los hogares todavía calientes de la noche anterior. La torre de Memnos rompía la línea del horizonte. Por debajo de la llanura había un laberinto de túneles que salían de la torre y se adentraban en las colinas. Sueños-de-Guerra miró la torre con disgusto. Era un lugar al que

todos debían deferencia, ya que era el centro del gobierno de Marte y, por lo tanto, de la Tierra, un lugar plagado de políticas y de intrigas. Sueños-de-Guerra no era persona muy política.

Descartó aquella vista torciendo el labio. Se sentiría aliviada de abandonar la casa de su clan, libre para ganarse una armadura y viajar por las laderas del Olimpo, por las arenas de la llanura del Cráter. En su mente, no había ninguna duda de que ganaría la armadura cuando llegase el momento. Ahora, de todos modos, se dio la vuelta y miró hacia arriba.

Los peñascos estaban encima de ella, con sus colores ocres, oxidados, sangrientos. Detectó un olor a humo, quizá de la casa del clan, pero estaba demasiado lejos. Era un ligero aroma a carne quemada: hyenae. Sintió esperanza en su interior. Siguió trepando, tras aquel aroma. Cuando llegó a la cima del precipicio, los encontró debajo de ella. Cuatro restos de hombre agazapados en un hueco de la roca, alrededor de una fogata. Eran hyenae, sin duda, venidos de las fortalezas de las montañas; era poco habitual encontrarlos tan al oeste, alejados de sus cavernas y de los restos de mujer con los que se apareaban. Sueños-de-Guerra reprimió un escalofrío al pensarlo. Por la espalda les caía el pelo rojizo y seco; las mandíbulas largas y abiertas mostraban pequeños colmillos, y sus ojos parecían semillas negras y brillantes. Ocasionalmente uno de ellos emitía un ladrido de satisfacción. Se estaban comiendo lo que quedaba de la guerrera desaparecida.

Bien, pensó Sueños-de-Guerra. No era el fin más noble, pero sin duda murió luchando, y había suficientes hyenae para garantizarle una venganza razonablemente satisfactoria. Saltó del risco, se deslizó por un pedregal y lanzó un rugido. Los hyenae alzaron la vista, asombrados, con fragmentos de carne humana a medio camino de la boca. Se dio cuenta de que cada uno de ellos sostenía una extremidad. Habían sido muy equitativos, pero Sueños-de-Guerra no les proporcionaría recompensa alguna por su comportamiento.

Acabó con uno usando su cuchillo de carnicera, con otro gracias a un golpe de revés, al tercero le pateó la cara y le aplastó el cráneo. El cuarto salió disparado, sosteniendo todavía un pedazo de brazo ennegrecido por el fuego. Sueños-de-Guerra empezó a perseguirlo, pero este ya estaba descendiendo por el precipicio, saltando de roca en roca con una velocidad aumentada por la ingeniería. Recuperó la insignia de la guerrera de las llamas, la guardó en su delantal y volvió sobre sus pasos, malhumorada. No había tenido la oportunidad de probar sus nuevos dientes.

Sueños-de-Guerra volvió, sobresaltada, al presente. El espacio sombrío estaba desvaneciéndose en la luz profunda, mientras el reino de Eldritch se alejaba. Sintió como atravesaba su alma al abandonar la nave, como una quemadura fría seguida por una náusea más cercana a la repulsión que al mareo.

La Tierra y Puerto Fragante la esperaban.

Terraza en las Nubes

1

La Tierra

Ocho meses después...

Lunae se encontraba en su dormitorio, en la torre de Terraza en las Nubes, con una crisálida en la mano, cuando Sueños-de-Guerra fue a buscarla. La crisálida descansaba, ligera como el terciopelo, sobre la piel de Lunae; se trataba de un tejido demasiado grande para que sus deditos de niña pudieran cerrarse completamente a su alrededor. Estaba sentada en el banco de la ventana, con las piernas cruzadas, y observaba el revoltijo de apartamentos que se extendía desde el Pico hasta el puerto. Sus abuelas seguían llamando a las ciudades por sus nombres antiguos: Hong Kong, Puerto Fragante, la Ciudad de las Velas. Los pronunciaba con su lengua, mientras seguía con la mirada las sombras de última hora de la tarde entre la inmensidad de los edificios.

Al otro lado del agua, en los bordes del Alto Kowloon, ardía entre la neblina el signo carmesí de la misión Sombría, y proyectaba su resplandor sobre el mar. Del este se acercaba un junco, y sus velas de hilo se movían para atrapar el viento con un destello dorado. Lunae creía haber entrevisto su símbolo, la cabeza del dragón, e imaginó que planeaba por encima de las tierras inundadas y tomaba puerto entre los volcanes del norte.

A lo lejos, por encima del horizonte, la boca de la Cadena formaba un arco, el segmento inicial del paso entre Marte y la Tierra. Incluso a plena luz del día, Lunae pensaba que podía identificar las naves que llegaban cuando la boca giraba, pero distinguir las a través de la neblina era complicado, así que volvió la vista a la crisálida que sostenía en la mano.

Se produjo un cambio en el interior de su cabeza. El paisaje tras la ventana cambió: era un día más oscuro, con el signo de la misión destellando entre la

niebla. Al este brillaba una enorme lámpara que hacía que las naves se alejasen de los muros del templo fortaleza de Gwei Hei. La crisálida también cambiaba, se modificaba. Una mariposa de seda descansaba sobre la palma de Lunae, batiendo sus alas iridiscentes.

La mente de Lunae volvió a sacudirse. En su mano volvía a haber una crisálida, tan impenetrable como antes. La luz de la tarde inundaba la estancia. Lunae sonrió, hasta que oyó una voz detrás de ella decir:

—¿Qué crees que estás haciendo?

Lunae dio un respingo. Sueños-de-Guerra estaba de pie en el umbral, dando golpecitos con la mano en la puerta barnizada. Lunae alzó su mirada hacia los heladores ojos verdes de su guardiana.

—Nada.

—¿Qué tienes en la mano? —Sueños-de-Guerra cruzó la habitación a grandes zancadas. Los pies recubiertos de acero retumbaron al pisar las planchas del suelo; los afilados dientes brillaron, húmedos, bajo un repentino rayo de sol. El cabello claro, que hoy llevaba suelto, le caía por la espalda, lo que sugería que su guardiana debía de encontrarse de un relativo buen humor. Envalentonada, Lunae alzó la crisálida, que siguió descansando en su palma, inocente, sin transformarse.

—Lo he encontrado debajo del banco. Un día se convertirá en una mariposa.

—Sí, se convertirá... —repitió Sueños-de-Guerra, aparentemente apaciguada, y añadió—: Un día. No tienes que practicar con tu talento; solo al principio y al final de tus clases. Ya te lo he advertido, y las abuelas han insistido mucho en ello. ¿Me has comprendido?

—Lo he comprendido —asintió Lunae, y aunque reticente, añadió—: Lo siento. —Durante una época, no hacía mucho, había obedecido a sus guardianas sin cuestionarlas, pero las restricciones que le imponían habían comenzado a molestar, aquellos últimos días. Aunque pedir perdón no serviría de nada; Sueños-de-Guerra no creía en él. Según sus propias palabras, no era un concepto marciano.

Lunae miró de nuevo a su guardiana. La armadura, tan verde e iridiscente como el caparazón de un insecto, fluía por encima de su piel y le cubría todo el cuerpo excepto la cara angulosa y el pelo. *Una libélula samurái*, pensó Lunae. Del peto de Sueños-de-Guerra surgían hileras de agujas que relucían como espinas verdes azuladas y sus manos acorazadas parecían garras de dragón.

En una ocasión, Lunae se había despertado con dolor de dientes y, como no encontraba a su nodriza, buscó a Sueños-de-Guerra. Muchas veces se había planteado si su guardiana dormía, pero cuando entró en el dormitorio

pintado de rojo al fondo del ala este, había encontrado a Sueños-de-Guerra estirada sobre una cama, con la cabeza apoyada en una almohada de hierro. Tenía los brazos severamente cruzados sobre el pecho y todavía vestía su armadura, como si se tratase de una estatua antigua. Lunae no pudo evitar preguntarse si aquella armadura le proporcionaba algún tipo de sistema de soporte vital. Parecía que Sueños-de-Guerra nunca se la quitara, y nunca había acompañado a Lunae a la sala de baños. Aunque quizá eso era un alivio. Lunae creía que sería incómodo ver a su guardiana desnuda. Se imaginaba a Sueños-de-Guerra fría y pálida, con la carne tan dura como el mármol. Estaba segura de que no sería tan vulnerable como lo que se escondía dentro de la crisálida.

Sueños-de-Guerra le había contado que la armadura era antigua y que la reconocía como un miembro del matriarcado de Memnos. Cuando Lunae tuvo acceso a sus recuerdos enterrados, había sabido de las mujeres de la torre de Memnos, que gobernaban en la actualidad Marte y la Tierra. Aprendió que se habían apiadado de la debilidad de las humanas y habían creado a las kappa y a otras criaturas para servir a las terrestres.

Las palabras de su guardiana resonaban en su mente:

—Las marcianas siempre hemos sido superiores. Fuimos nosotras, después de todos, quienes colonizamos la Tierra hace miles de años. Mis ancestros vienen de los palacios de hielo del lejano sur; durante la prehistoria surcaban los mares nevados.

Sueños-de-Guerra estiró una de sus espinosas manos y cogió entre los dedos un mechón del pelo de Lunae, con mucho cuidado de no tocarle la cara. Lunae bajó la vista, sorprendida, ya que Sueños-de-Guerra había expresado hacía mucho tiempo que le disgustaba cualquier tipo de contacto íntimo. Los cabellos de color rojo oscuro resaltaron contra las garras de la marciana; la mano cambió, se hizo más delgada, más delicada.

—Me enorgullece que me comprendas —continuó Sueños-de-Guerra—. Ya tienes nueve meses, ya casi has crecido del todo. Pronto serás una mujer, y ya eres lo bastante mayor para comprender y acatar tus instrucciones.

—Hago todo lo que puedo —protestó Lunae.

—Lo haces todo tolerablemente bien. Pero debes mejorar, y para lograrlo has de cumplir las restricciones de tus prácticas. —Sueños-de-Guerra se agachó sobre sus talones blindados hasta que estuvo a la altura de la mirada de Lunae. La armadura se movió suavemente para acomodarse al movimiento; las agujas se retrajeron, las junturas se desplazaron.

Lunae se removió incómoda en el banco de la ventana.

—¿Qué te pasa ahora?

—Es que... ¿cómo voy a crecer y a aprender si no se me permite salir de casa?

Había visto muy poco del puerto, solo pequeños retazos desde las alturas de la Terraza en las Nubes o a través de los ojos espía que las abuelas habían instalado en las calles, entre los edificios del Pico. Lunae pasaba horas delante del oreógrafo, observando como la vida cotidiana se sucedía ante los ojos espía. Sabía que las abuelas se lo prohibirían si lo descubriesen, pero Sueños-de-Guerra la había pillado en una ocasión ante el oreógrafo y se había dado la vuelta sin decir ni una palabra. Más tarde, dedicó toda una clase al uso del oreógrafo; se había tratado sobre todo de aspectos teóricos, pero Lunae lo había tomado por una aprobación.

Desde la perspectiva alterada de los ojos espía, la mansión en la que se encontraba Lunae parecía un barco varado, una masa negra que se extendía por encima de la costa con alas irregulares y tejas torcidas, con techo de pagoda, como si hubiese sido arrojado allí por una imposible ola gigante. Terraza en las Nubes era como el nido de un buitre, y las abuelas se agazapaban en su centro.

En las pocas ocasiones en que habían llevado a Lunae a las calles del Pico, más allá de las protecciones de Terraza en las Nubes, había tenido que permanecer en el interior de una litera cerrada. Frustrada, encerrada dentro de aquellas paredes laqueadas, Lunae había escuchado las palabras pronunciadas en cantonés, en malayo kitachi y las lenguas perdidas del norte; había olido a humo, a *kimchi* y a limoncillo, los aromas de las teterías, y a sangre, que brotaba de las rejillas de los mataderos de las carnicerías. Pero no había logrado echar ni un solo vistazo al mundo que la rodeaba. Solo en esa ocasión, Sueños-de-Guerra y su nodriza kappa se habían mostrado de acuerdo con los dictados de las abuelas: No había que exponer a Lunae al populacho, aunque esta no comprendía por qué debía ser así.

Ahora la rebelión crecía en el pecho de Lunae como si se tratase de la mariposa de seda atrapada en su red. Solo conocía su hogar, quería a su nodriza, respetaba a Sueños-de-Guerra y obedecía a sus abuelas, pero deseaba enormemente ver qué había en otras partes, observar el mundo que nacía más allá del oreógrafo y de las protecciones. Recordó con repentina nostalgia el junco que llegaba del norte.

—¿Cuándo se me permitirá salir? —preguntó de nuevo, ya que su guardiana todavía no le había contestado.

—Hoy no —respondió Sueños-de-Guerra. Sus palabras alentaron y marchitaron al mismo tiempo las esperanzas de Lunae. La frustración volvió a invadirla hasta casi ahogarla.

—Pues ¿cuándo?

—Cuando estés preparada.

—Me gustaría viajar por la Cadena —aventuró Lunae.

Sueños-de-Guerra rió.

—¿De veras? ¿A mi hogar, en Marte? ¿A las nueve ciudades de la llanura del Cráter? ¿A Golpe de Invierno, a Caud? ¿O te gustaría atravesar todos los eslabones hasta llegar a Noche Sombría, y ver el Sol como si no fuese más que una estrella diminuta? —Un momento después, añadió—: Aunque nadie puede penetrar el espacio de Noche Sombría; los clanes del laboratorio no lo permitirían.

—Todo —replicó Lunae, con los ojos bien abiertos—. Lo quiero ver todo.

—Bueno, al menos tienes ánimos, hay que reconocértelo —contestó Sueños-de-Guerra.

Cuando su guardiana se había ido, Lunae se levantó intranquila del asiento de la ventana y bajó las retorcidas escaleras. Sus pasos hacían crujir las planchas de madera, por mucho que ella intentara avanzar en silencio. Las abuelas siempre la hacían irse por haber hecho ruido, y cuando ella le contaba a Sueños-de-Guerra lo mucho que deseaba poder permanecer en silencio, esta siempre reía y le contaba que las planchas del suelo eran deliberadamente más rechinantes, para que así las abuelas siempre pudiesen oír cuándo se acercaba alguien. A Lunae no le costó aceptar esta explicación, y se preocupó mucho más por caminar con cuidado.

Se detuvo ante la puerta que daba a la cámara de las abuelas, pero del interior no surgía ningún sonido. El pasillo olía a humedad, como si algo muy viejo y abandonado se hubiese filtrado por debajo de la puerta y mezclado con la atmósfera. Lunae se apresuró, deseando respirar un aire más fresco. Enseguida llegó a la estrecha cocina. Habían encendido la estufa, y toda la estancia estaba llena de humo. Lunae estornudó y corrió hacia la puerta trasera. No le permitían salir al jardín sin la compañía de la kappa o de Sueños-de-Guerra, pero de todos modos ella hizo girar el pomo de la puerta, preparándose para el momento en que las protecciones empezasen a graznar. No lo hicieron, lo que sugería que la kappa se encontraba ya en el exterior. Lunae supuso que seguramente se le permitiría ir en busca de su nodriza. Con mucho cuidado, abrió la puerta y salió al jardín.

La parte trasera de la mansión estaba abarrotada de árboles, de arcos y robles, que sobresalían por encima de los pisos más bajos del edificio. El musgo que colgaba de sus ramas proyectaba sobre el jardín de debajo una pálida luz verde. El aire era húmedo. Lunae caminó entre hileras de hibiscos, unas flores carmesí que se alejaban de la luz y estiraban sus lenguas cubiertas de pelos hacia ella. Una libélula de jade, acorazada, pasó zumbando al lado de su oreja. Lunae sonrió, pues le recordaba a Sueños-de-Guerra. Ya podía ver a la kappa, que estaba un poco lejos, inclinada sobre un montón de abono y excavándolo afanosamente con una herramienta afilada. No había visto a

Lunae, que estaba a punto de llamarla antes de que la kappa se girase a mirar. Pero en lugar de esto, se apartó hasta que los musgos que colgaban de las ramas la escondieron de la mirada de la nodriza.

En el extremo más alejado del jardín crecía un roble enorme, anciano y nudoso. Hacía un par de semanas había estado bajo aquel roble acompañada por Sueños-de-Guerra, y se había dado cuenta de que era demasiado bajita para trepar por las ramas inferiores. Pero desde entonces había crecido un poco. Sin pararse a pensar, alzó una mano, agarró una rama y se aupó sobre el árbol. Con la ropa que llevaba, una túnica que llegaba los tobillos, no era fácil, así que cuando estuvo en una posición más estable se recogió la túnica bajo el fajín. Después siguió ascendiendo por la retorcida rama que se alzaba en dirección al muro.

Al final, miró hacia atrás. La kappa resoplaba al erguirse por encima del abono. Lunae aguantó la respiración. Su nodriza recogió una cesta y se dirigió a la casa, con su característico anadeo. Lunae miró de nuevo hacia delante. Podía ver como las protecciones de la entrada crepitaban ante el muro, emitiendo chispas negras y plateadas. Su objetivo, ya que estaban enlazadas con la matriz de luz negra de la mansión, era mantener alejados a los intrusos, aunque también las habían programado para mantener a los ocupantes de la casa en el interior. Un adulto no habría podido colarse por debajo de las chispas de luz negra, pero Lunae todavía no había crecido del todo. Se arrastró hasta la punta de la rama y se agazapó debajo de ella. El muro era lo bastante ancho como para permitir que ella se tumbase encima. Podía oír los crujidos y los zumbidos de las protecciones por encima de su cabeza. Estiró las piernas, se agarró a los bordes del muro y se dejó caer.

La caída era mucho más alta de lo que había supuesto, y se quedó sin aliento. Se sentó en un bordillo, momentáneamente ahogada. Pero había salido de la casa, y darse cuenta de ello la afectó tanto como la caída. No había querido escaparse de verdad. Miró de nuevo el muro. Era liso, cristalizado, y no tenía ningún saliente al que agarrarse. Si quería volver a la mansión, tendría que rodearlo e ir a la puerta frontal. Las abuelas se enfurecerían. Sueños-de-Guerra se volvería todavía más fría, más helada. Lunae apartó esas imágenes de su mente, y se concentró en el presente. Aunque volviese directamente a casa, la castigarían igualmente. Al menos, aprovecharía la experiencia.

Salió del canalón, se arregló la ropa y corrió por la calle. Se encontró rodeada por las avenidas que había visto desde la torre: mansiones extensas, ruinosas, techadas con cúpulas llenas de molduras, medio doradas, con techos torcidos, porches que se deslizaban hacia la maleza que crecía debajo de ellos, una maleza puntuada por flores que crecían profusamente a lo largo de lo que antes habían sido jardines bien cuidados. En el aire flotaban los aromas de las

plantas en flor y de la podredumbre. Casi todas las mansiones estaban oscuras. Aunque aún no había anochecido, ya había algunas lámparas encendidas en las ventanas superiores, que lanzaban una luz enfermiza sobre las hojas de las plantas.

Al final de la calle, Lunae volvió la vista atrás. Todavía podía distinguir su habitación de la torre, que se alzaba por encima de los robles. Delante de ella se extendía una larga calle, que descendía hasta perderse entre el laberinto de callejuelas del Pico bajo. Apartó de su mente el recuerdo de los ojos espía, y corrió por la calle, hacia el laberinto.

Poco a poco, las mansiones desaparecían para dejar espacio a calles más concurridas. Los edificios de pisos reemplazaban las grandes casas, y se alzaban como columnas tambaleantes desde la carretera, repletas de balcones desvencijados cubiertos de vegetación. Los edificios parecían unos enormes jardines verticales. Los pájaros cantaban desde sus jaulas. Los grillos capturados chirriaban. La multitud de mujeres, vestidas con las chaquetas tradicionales de colores negro, rojo o jade, atestaban las calles montando sobre sus viejas bicicletas, paseando gatos atados con correa, o acarreando bolsas de la compra rebosantes de verduras. Nadie se fijó en la presencia de Lunae, que se sintió felizmente invisible. Que se tratase de una tarde ordinaria para toda esa gente hacía que ese día fuese todavía más especial para ella. Sentía un embriagador olor a especias y excrementos, a humo y a polvo. Lunae siguió avanzando por la carretera, tocando cestas llenas de semillas, serpientes desecadas, pienso para gatos y polvos de lavar. Después, en un pequeño cruce, alguien le bloqueó el paso.

Aquella persona era una mujer diminuta, evidentemente originaria de Sheng, con la cara como la luna y una mirada negra y vacía. Tenía la boca entreabierta y le caía un hilillo de saliva. Al principio, Lunae pensó que tenía problemas para enfocarla bien, ya que la mujer le parecía emborronada, desfasada, pero enseguida se dio cuenta de que el resto de cosas de la calle los veía con claridad.

—¡Eres diferente! ¿Quién eres? —dijo la mujer, con un extraño sonido solapado, como si por debajo de sus palabras sonase un zumbido.

—Me llamo Lunae.

—¿Qué eres? —La mujer dio un paso hacia Lunae y le acercó la cara. Lunae dio un paso atrás, y empezó a rodearla. Se había dado cuenta de que la gente empezaba a alejarse.

—¡Posesión! —había oído gritar a alguien.

De la multitud empezó a surgir un susurro grave e incómodo. Lunae, que comenzaba a asustarse, intentó darse la vuelta, pero la mujer la agarró por los brazos.

—¡Te he preguntado qué eres! —La mujer estaba más borrosa todavía, como si la agitación la sacudiese más.

—No la comprendo —contestó Lunae. Se libró de la presa, pero la mujer la agarró de nuevo por la mano.

Lunae sintió los dedos envueltos por algo duro y punzante. Sorprendida, bajó la vista y observó los pequeños dedos de uñas mordidas de la mujer, pero lo que ella sentía no era una mano humana. Notaba como si una langosta la hubiese atrapado. Intentó liberarse, pero la mujer era demasiado fuerte.

Un momento después, la calle se abrió, separándose a gran velocidad, y sin ruido. Los bloques de pisos, la multitud, todo desapareció. Lunae estaba de pie en una gran llanura, mirando hacia la orilla de un río. La hierba estaba crecida, moteada de flores pálidas; no había señal del sol, de la luna ni de ninguna criatura viva. Algo le golpeó la cara y la hierba se movió como si un pájaro estuviese volando entre ella. Creyó haber visto una sombra moverse rápidamente por el suelo.

—¿Dónde estoy? —preguntó en voz alta, pero sus palabras se desvanecieron en el aire vacío. No podía respirar. Se dio la vuelta, presa del pánico, pero no había nadie que pudiese ayudarla. La llanura se extendía hasta la distancia más alejada, el horizonte no era más que una débil línea negra.

Y volvió a la calle, jadeante, buscando aire.

—¿Qué estás haciendo? —gritó alguien. Una mano recubierta por una armadura apareció por encima de su hombro y golpeó en la cara a la mujer, que cayó sobre el suelo, ensangrentada. La muchedumbre se dispersó, como si hubiesen lanzando un hechizo, y todas se escondieron dentro de los umbrales o debajo de toldos.

—¿Lunae? ¿Te encuentras bien? —El rostro de Sueños-de-Guerra era una máscara de furia.

La mujer se puso en pie a duras penas y se fue corriendo. La marciana saltó hacia ella, pero la mujer ya había desaparecido en medio del laberinto. Lunae miró a su guardiana, embargada por la gratitud y el temor.

—¿Qué era esa mujer?

—Una kami. —Por encima de las espinas del cuello de su armadura, la cara de Sueños-de-Guerra estaba pálida, dolorida, pero sus ojos ardían como el fuego. Lunae se dio cuenta de que Sueños-de-Guerra no solo estaba enfadada, también estaba asustada.